

Archivo y terror

Operaciones entre literatura, política, teatro y arte

CARLOS A. AGUILERA



CARLOS M. LUIS: EL ESTADO ORIGENISTA

A pesar de que el descongelamiento de Lezama había comenzado a mitad de los ochenta, impulsado entre otros por alguien que después llegaría a ser uno de los sicarios del régimen cubano, Abel Prieto; la llegada a Cuba de Carlos M. Luis en el año 1996 o 97 supuso para algunos de nosotros un intercambio permanente de conversaciones, imágenes, cartas, libros que solo interrumpiría su muerte en 2013. Como muestra de esa amistad, ha quedado esta entrevista, donde por primera vez en Cuba se hablaba de otro Lezama (por lo menos de manera pública). Un Lezama lejos de la grandiosidad del barroco y de esos culeros de santo con el cual Cintio y el régimen cubano lo habían revestido. Quede como dato que esta entrevista se hizo junto a Víctor Fowler en una mesita del bar del hotel Colina y se publicó en el número 3 de la revista *Diáspora(s)*, en septiembre de 1998, La Habana.

Según sabemos, conociste a Lezama a los diecinueve años. Podríamos comenzar hablando precisamente de eso: ¿Lezama y Carlos M. Luis a los diecinueve años?

Sí, fue por el año 1951 o 1952. La persona que me lo presentó oficialmente, porque yo tenía ya cierto conocimiento de quién era fue Roberto Fernández Retamar. En el Lyceum. Recuerdo que después Retamar

me dijo que había hablado con Lezama a ver si yo podía visitarlo en su casa y Lezama había aceptado. El día de la cita, Retamar (al que me unía una relación literaria) me llamó y me dijo que no podía asistir. Imagínense, yo me quedé un poco en el aire. Llamé a Lezama, hablé con él, y le pregunté si podía ir a su casa. Por cierto, Lezama tenía una manera de despedirse cuando hablaba por teléfono, que dejaba un poco confuso, decía: “Bueno, muy bien, venga y hablaremos”. Y colgaba, sin preámbulos ninguno. Yo pensé, en principio, que Lezama no tenía ningún interés en hablar conmigo, pero así y todo fui a su casa y me recibió. Allí estaba Lorenzo García Vega, al que veía por primera vez y al que me une desde aquel momento una amistad que dura hasta hoy. Lezama abrió la conversación —siempre la abría él— hablando largo y tendido sobre la pintura de Paul Klee y Mondrian. Entonces, en medio de la misma conversación, con ese deje de ironía que lo caracterizaba, cambia de giro y me dice: “Usted sabe que hay dos catolicismos: el paulino y el juanino”..., y por ahí empezó a elaborar una serie de diferencias entre San Pablo y San Juan que duró toda la tarde. No recuerdo ahora más detalles de la conversación, pero de ahí salimos Lorenzo y yo a pasear y comentar todo lo que había sucedido en ese encuentro.

Por otra parte, a diferencia de lo que yo y mi generación pensábamos de Lezama: “torre de marfil”, “gente impenetrable”..., Lezama era un hombre muy gregario, amistoso. Le gustaba tomarse una cerveza, comerse un jamón. Era un individuo que se sentaba en la mesa de un café y no comenzaba a hablar de teología, comenzaba a hablar de chismes. Aparte, era la gran carcajada, porque las carcajadas de Lezama

retumbaban en La Habana. Tenía una potencialidad para reírse terrible, y eso, al igual que otras cosas, formaba parte de su mundo.

¿Y qué otra noticia tenían ustedes de Lezama, aparte de “torre de marfil”, etc...?

La noticia era, como les decía, que era un individuo impenetrable, elitista, de difícil trato, y además de un catolicismo intolerante. Creo, que ya en aquel momento se estaba elucubrando la crisis que posteriormente se hace cuando comienza la revista *Ciclón*. Crisis que en el fondo se preparó por gente que Lezama no tomaba en cuenta, o no atendía, y por supuesto, había resentimientos. Otra cosa, hay que pensar que en el grupo Orígenes había sus pequeños subgrupos. Estaba Lezama por un lado, y por otro el grupo que se reunía casi todos los domingos en casa de Eliseo, en Arroyo Naranjo. A la revista Cintio traía sus poetas, que fueron sobre todo Retamar y Fayad Jamís; Lezama, los suyos: Lorenzo García Vega y gente más joven que se le acercaron y él aceptó, como ocurrió conmigo. Pero en esencia, había siempre esta especie de jueguito: quién trata a quién.

Por lo que dices, tal parece que Orígenes fuera esencialmente Lezama/Cintio. Es decir: Lezama y Cintio como los que dictaban políticas en Orígenes. ¿Pudieras explicar un poco más esto?

Miren, estaban los polos dirigentes, las fuerzas que a veces se excluían o se incluían, depende de cómo estuviera la situación. Las relaciones entre Cintio y

Lezama anteriormente a la fundación de Orígenes tuvieron sus tensiones, momentos en que ellos se separaron, se enemistaron, para luego volverse a unir. En lo particular, Lezama tenía respeto por la obra de Cintio, aunque muchas veces Lezama con ese sentido de burla, de irreverencia que tenía (y ante el hecho de que a Cintio le gustaba anualmente editar una especie de panfletico: *Canto llano*, etc., etc.), decía: “Ahí ya va Cintio con su virutica de aire”. Pero la cosa nunca pasó de ahí. Por otro lado, tengo la impresión que Lezama estaba más cerca de nosotros, en aquel entonces los jóvenes, que de otros miembros de Orígenes. Yo espero que nadie ahora vaya a protestar por eso. Yo no tengo derecho a decir: Bueno, yo fui más amigo de Lezama que Cintio. Eso no sería justo. Pero creo que entre Lezama y yo había un aire más claro, más limpio, no había tapujos, hasta donde Lezama podía llegar con eso. Con la otra gente —y es solamente mi opinión— había un ballet montado, una coreografía donde todo el mundo bailaba un compás más o menos bien hecho, pero con disonancia. Mientras que en el caso mío, sea por lo que sea: porque era más joven, porque era un surrealista enloquecido, porque se divertía pensando que era medio comunista o porque le caía bien, todo fluía mejor, el aire era menos denso.

Y Rodríguez Feo, ¿cómo veían ustedes a Rodríguez Feo?

Nosotros no teníamos visión ninguna sobre Rodríguez Feo. Rodríguez Feo era el millonario que pagaba la revista. No se daba cuenta uno en aquel momento (porque la figura de Lezama abarcaba todo)

que Rodríguez Feo no solamente había pagado la revista, sino que por sus relaciones internacionales consiguió una serie de colaboraciones que de otra manera hubiera sido más difícil conseguir. Si se mantuvo la red internacional de colaboradores fue en gran medida por Rodríguez Feo. Pero eso no se veía en ese instante. O sea, se podía haber visto internamente entre ellos, pero no por los que se acercaban a la revista. Además, Rodríguez Feo no era una persona querida dentro del “grupo”, por así decir. Entre otras razones por su homosexualismo evidente, que desde luego chocaba con la sensibilidad de los origenistas más ortodoxos, más católicos. Ahora, Rodríguez Feo era la persona que pagaba...

Según parece, Lezama —sobre todo Lezama— se encargó de ideologizar el estatus de Orígenes llamándolo “Taller renacentista”, “Grupo”, “Familia”, etc. ¿A qué responden estas definiciones, al mito, ese que los escritores de una manera u otra instauran alrededor de ellos, o a una realidad particular (obsesiva e irónica)?

Eso actuaba sobre la imaginación de Lezama de una forma y sobre la realidad de otra. Por una parte hablaba de Taller renacentista refiriéndose a Orígenes; por otra lo llamaba Estado: el estado origenista, como si un determinado tipo de estructura explicase lo que fue Orígenes. Ahora, lo que sí había era una voluntad común hacia la poesía o desde la poesía. Es decir: desde la existencia de esa mirada poética se podía construir otro espacio, otro hábitat frente a lo que la República convertía en desintegración. O sea, había

que recuperar las esencias de la república, las esencias de lo cubano, creando un espacio donde la poesía vibrase, donde fuera posible un verdadero mundo poético. Yo creo que esto responde más o menos a todos los origenistas. Más o menos, porque si uno lee la poética de Cintio, la forma en que ve la poesía, si uno lee a Eliseo y después uno lee a Lezama, se da cuenta que las diferencias son bastantes sustanciales. Lezama parte de una fabulación de la realidad, de una transfiguración, de una metamorfosis que en Cintio no existe. Cintio parte de un principio teológico-agustiniano y Eliseo era un poeta que no tenía ningún interés por teorizar, quiero decir, por teorizar sobre el hecho mismo de la poesía. Por otro lado, un origenista más joven como Lorenzo nunca vio con buenos ojos la mirada romántica, el poeta como intermediario entre los dioses que Lezama en su fabulación creía ser. Es decir, había divergencias, divergencias y contradicciones, en el sentido de que estos poetas partían de una visión más o menos católica (a lo Paul Claudel) desdeñando todo lo que fue la gran corriente de vanguardia y las adquisiciones que se hicieron de ella, sobre todo del surrealismo. Y a la vez creían, sobre todo Lezama, en la magia de la poesía, en el poeta como gran sacerdote, etc. Ahí, en mi opinión, hay una contradicción. Ellos pasaron por al lado de “eso” y no quisieron mancharse. Por eso siempre he creído que la vanguardia poética, a pesar de lo que un poema como *Muerte de Narciso* puede entregarnos, no comienza sino con *Suite para la espera* de Lorenzo García Vega. Él fue el primero que empezó a experimentar una nueva forma poética, un nuevo lenguaje, una visión de las cosas que son ya de vanguardia.

Ahora que hablas de Lorenzo García Vega, ¿qué piensas de un libro tan polémico e intenso como Los años de orígenes?

Ese es un libro escrito a través de la óptica de Lorenzo, de los problemas personales de Lorenzo, lo cual no quita que efectivamente las cosas que menciona ahí como hechos no hayan ocurrido. Porque si algo tiene Lorenzo aparte de su gran memoria, es su absoluta honestidad para decir las cosas tal como fueron. La cercanía de Lorenzo a Lezama era muy superior a la que tuvieron inclusive Cintio y otros más. Salvando, por supuesto, una serie de cosas. Porque Lezama nunca compartió con Lorenzo cierta postura de su voluptuosidad, sabía que Lorenzo por sus neurosis y todo lo demás no lo hubiera aguantado. Y eso es precisamente lo que Lorenzo no le perdona a Lezama: no haberse definido de acuerdo con él. Conociendo a Lorenzo como lo conozco me cuestiono si Lorenzo hubiera asimilado (no moralmente, sino emocionalmente) la homosexualidad de Lezama. Porque a mí me daba tres pitos, pero a Lorenzo... Por otra parte Lezama intuía las cosas muy bien. Él se daba cuenta del grado de tolerancia que cada persona tenía. Por ejemplo, en el caso de Julián Orbón que era muy amigo de él, sabía que Julián era un loco y además las aventuras eróticas de Julián eran tremendas, daba escándalos, etc. etc.; y eso le ofreció a Lezama una garantía para hacerle ciertas confidencias. En el caso mío parece que lo intuyó así. Lezama tenía una cosa y era que transfería su homosexualismo a otras personas. Pensaba que yo tenía una relación con Jorge Camacho y me decía: “A usted le gusta la piel de

Jorge Camacho...” Yo lo dejaba y me reía. Y eso hizo que se atreviera a decirme ciertas cosas, incluyendo lo del libro priápico que cuento en mi ensayo sobre el erotismo en Lezama. Un libro que enloqueció a Lezama. Lo compró a plazos y desde que lo compró me llamó por teléfono (exaltado): “Oiga, venga ahora mismo para mi casa.” Cuando llegué, efectivamente, Lezama estaba fascinado con todos los dioses priápicos. Ahora, este libro no se lo enseñaba a Cintio ni a Lorenzo ni a muchas personas.

Cuando hablabas anteriormente de la vanguardia, decías que los origenistas (casi-todos-los-origenistas) no habían aceptado ninguna de sus marcas, ni siquiera la del surrealismo. ¿Tienes idea de por qué?

Ellos veían en forma un poco *naive* al surrealismo. Lo veían como cosa demoníaca, como rebelión prometeica, aunque paradójicamente ellos también se creían prometeicos. Con el surrealismo había que aceptar una nueva reinterpretación de las cosas, partiendo de la base del sueño que no se quedaba en la poesía misma y esto los origenistas no lo aceptaban. Ellos rechazaron todas las grandes corrientes que abrieron nuevos caminos a la interpretación de la realidad: el psicoanálisis, el surrealismo, el marxismo humanista, el existencialismo en su primera fase. Y en el surrealismo, particularmente, vieron a un diablito que revoloteaba y podía afectar toda la capillita.

¿Podríamos decir entonces que este no aceptar ciertas cosas configuró a Orígenes como revista?

La lectura que hay que hacer de esta revista es en varios planos y esta lectura hay que hacerla siempre dentro de la cosa cubana. *Orígenes*, cuando apareció, produjo un cierto grado de escándalo (hasta donde en la república era eso posible), debido al resentimiento que acompañaba cada una de sus apariciones. Pero fue una revista conservadora. Lo que no implica que estuviese mal o bien hecha; sino, sencillamente, que era conservadora. Entre los ilustradores de *Orígenes* nunca un Carlos Enríquez puso una sola línea, porque Carlos Enríquez era un mundo que subvertía los valores que *Orígenes* defendía a capa y espada. Prefirieron a Portocarrero y Amelia. Y no niego la calidad de ninguno de los dos, pero representaron un mundo más amable, el sitio donde tan bien se está, como decía Elíseo, que también escribió (me parece) el poema más representativo de la mentalidad de muchas de esas gentes: *En la calzada de Jesús del Monte*. Sin embargo, cuando el idioma se hace fuerte, cuando se utilizan palabras que traspasan la pura ñoñería como en *La isla en peso* de Virgilio Piñera, ellos no lo aceptan, lo niegan.

Si te pidiéramos una reconstrucción grosso modo del contexto donde se realiza Orígenes y las tensiones literarias y políticas del momento, ¿podrías hacerlo?

La revista va madurando a través de *Espuela de plata*. *Espuela* es ya la revista que anuncia el grado de madurez de los origenistas. Un poco antes de *Espuela* hubo momentos de ruptura, de convergencias y divergencias. Virgilio Piñera hizo *Poeta*, que duró dos o tres números. Lezama y otras gentes hacen *Nadie parecía*, que llevaba el subtítulo de “Cuaderno de lo

bello con Dios”, y anuncia ya una cosa distinta. Cintio realiza *Clavileño*... Pero es en *Espuela de plata* donde comienzan a hacerse los “pactos”, donde quedan fuera una serie de gentes que estaban en otro lenguaje, como Enrique Labrador Ruíz, que se mantiene aparte (y es un caso a estudiar) y Carlos Montenegro, que junto a toda la novelística cubana de la época mantiene una crítica social más aguda que los futuros origenistas organizados en *Espuela*. Estos escritores, y esto hay que señalarlo, eran socialistas o estaban ligados a un socialismo anarquizante que los excluía, por así decir, de *Orígenes*.

Por otro lado, estaba el núcleo del Partido Comunista que empieza a madurar con la evolución del país, y ya cuando entra Batista al poder bajo la bandera de la Unión Democrática Socialista —cercano a las elecciones del cuarenta—, han hecho una serie de publicaciones como *La gaceta del Caribe*, donde estaba Nicolás Guillén y Carlos Rafael Rodríguez, además de otras revistas que reflejan la política oficial del Partido que era la estalinista, o sea, una política prosoviética. Junto a todo esto y otras revistas que ahora no recuerdo surge la gente de *Orígenes*, como una fortaleza medieval que se protege frente a la invasión de los bárbaros. Y eso es lo que crea en ellos una especie de cohesión. Cohesión que se fundamenta en un momento “ceniciento” de la república, pero en lo cultural con renovaciones que Orígenes se negó a ver.

Es en ese período que surge el grupo Los Once, la Sociedad Cultural Nuestro Tiempo (que obedece a la política del Partido pero quiere hacer una serie de cambios), la revista *Noticias de arte* que integra a Luis Martínez Pedro, Nicolás Quintanat, Mario Carreño...

y el grupo Renuevo de Ángel Cuadra (que Lezama llamaba *Reviejo*). Es decir, una serie de cosas que los origenistas no veían o que para ellos no cuajaba en su “política del espíritu”, como les gustaba subrayar citando a Valéry. Y es entonces que deciden crear otro estado, el estado de la poesía: *Orígenes*. Y lo hacen hasta 1956, año en que se separan. A todo esto, a principios de los cincuenta comienza en La Habana la revolución informática y se crea el “mundo de la Rampa”, que era un mundo que exigía una nueva interpretación de las cosas, una mirada distinta. Y Orígenes se queda en Trocadero, de espaldas a la Habana moderna, al Vedado, a la televisión, a los cafés nocturnos, a las cuevas existencialistas. Recuerden que *El ser y la nada* se publica casi inmediatamente en español y fue un libro de lectura obligada para la generación que sucedió a Orígenes. Ahí surge la famosa Julia Astoviza, que era una especie de Juliette Gréco del momento. Lezama se reía y decía: “La tía de todos nosotros”. No era la tía, era la amante de casi todo el mundo, pero los origenistas no podían llamar a las cosas por su nombre. Orígenes se queda en La Habana antigua, en Trocadero. Y entonces es que surgen los *Tres tristes tigres*, el mundo de Cabrera Infante, la Rampa.

Entre los mitologemas que poco a poco Orígenes fue elaborando el de “la pobreza irradiante” o “la pobreza teresiana” resulta uno de los más polémicos. ¿Puedes decirnos algo alrededor de esto?

El que emplea mucho “la pobreza”, “la pobreza teresiana” o “la dignidad del pobre” es Cintio. Lezama lo que hace es poetizar la cuestión llevándola

a un extremo irreal, que ya no tiene nada que ver con la pobreza que se sufría en aquel momento y que está muy bien representada en *Aire frío*. En realidad había distintas miradas sobre la pobreza. La mirada de Virgilio que siempre fue un agonista, la mirada de Cintio que intentó llevar eso a una especie de mística, la mirada de Lezama que lo que hace es convertir “la pobreza” en un ingrediente más de su visión poética, y la mirada origenista, que era un resumen de todas estas visiones. Pero realmente el que podía hablar de “La pobreza” con conocimiento de causa era Lezama, que sí tenía situaciones difíciles a pesar de que, por ejemplo, su hermana Eloísa, que tanto dice haberlo querido, cuidado y todo lo demás, estaba casada con un hombre que tenía muchísimo dinero y terminó haciéndose un gran palacio en Nuevo Vedado, mientras su hermano vivía en situaciones bastantes precarias; y todos los que fueron a casa de Lezama saben de qué estoy hablando.

¿Lezama te hizo participar en eso que él conceptualizó como Curso Delfico?

Miren, Lezama fue extrañamente un gran didáctico. Como mismo tenía una gran intuición acerca de lo erótico, la tenía también acerca de otras cosas. Por ejemplo, él sabía mi temperamento cuál era y cuál el de Lorenzo. A Lorenzo le exigía lecturas de Marcel Proust, sabía que Lorenzo tenía la paciencia y el mundo para leerse a Marcel Proust. Yo no. Yo no me lo iba a leer jamás. Mi mundo venía por otro lado, era el de Henry James, Thomas Hardy, Lernet-Holenia. Fíjate que cuando yo hablé de Lernet-Holenia con Lorenzo,

este me dijo: ¿quién es? Y es que era un autor que Lezama pensaba que iba a enloquecer a Lorenzo o una cosa de esas y nunca se lo prestó. Conmigo era distinto. Nosotros teníamos un juego en el cual nos poníamos a discutir sobre libros o teólogos que en el fondo no conocíamos. Por ejemplo: Pedro Lombardo, cuyo *Libro de las sentencias* nunca pudimos leer ni él ni yo. Pero muchas veces nos reíamos y hablábamos como si ya lo hubiéramos leído. Eso es, me parece, lo que define al Curso Delfico: la orientación que Lezama ofrecía a una serie de personas.

Dice Gastón, refiriéndose a Lezama, “Casi siempre estábamos, como los niñitos en el colegio, «peleados»”. ¿Sabes algo o recuerdas algo de cómo fueron estas relaciones?

Fueron extraordinariamente conflictivas. Entre Gastón y Cintio fueron mejores hasta donde yo conozco. Gastón tenía una serie de afinidades electivas que concordaban con el mundo de Cintio. No creo que Cintio jamás hubiese aceptado la vida privada de Gastón, que era escandalosa. Pero ese era el cortinaje de fondo; el cortinaje hacia la audiencia era el del hombre que fungía como Jefe de redacción del *Diario de la Marina*. Ya para entonces este había escogido no escribir. O sea, en un momento dado, Gastón cesa de escribir y si escribe guarda los poemas. No se los enseña a nadie. Por suerte ha pasado un lapsus de tiempo larguísimo en el que Gastón se ha dedicado de nuevo a escribir su poesía. En ese tiempo se dedicó al periodismo y a la cuestión política, cosa que le costó una serie de desavenencias con el grupo Orígenes. Ahora, repito,

la relación privada entre Gastón y Lezama fue una relación conflictiva, en muchos casos tensa. Lezama siempre me decía que Gastón tenía un “inconsciente nitrón” por las cosas que a veces elaboraba en su cabeza. Y además, porque en muchas ocasiones, Lezama que vivía en una gran pobreza (no miseria, pero sí carencia), tenía que correr a donde Gastón para que este le resolviera el problema. Y depender de Gastón era una cosa difícil, porque Gastón tiene su garra. O sea, que la dependencia ahí jugaba un papel siniestro, cosa que yo creo que está más o menos reflejado en *Los años de Orígenes* de Lorenzo García Vega, donde hay “palabritas” y “cositas” de las que les decía Gastón a Lezama para mortificarlo. Y es que Gastón tenía plena conciencia de que Lezama dependía en algunos casos de él como cuando se publicaron las “Sucesivas habaneras” en el *Diario de la Marina* que el cura Rubino, especie de potencia literaria del periódico, terminó por censurar o prohibir.

Nos has dicho que conociste también a Enrique Labrador Ruiz y a Virgilio Piñera, entre otros. ¿Podríamos hacer un aparte y hablar de ellos?

A Virgilio lo conocí más. Porque Enrique era un problema de tomaderas y chivetas y a veces eso paraba en la cárcel o en un escándalo del demonio. Además, Enrique se movía en el mundo de los periodistas que en su mayoría eran unos bandidos y ese mundo no me interesaba. Con Virgilio la cosa era distinta. Virgilio era el personaje problemático, el no aceptado, el que tenía rencillas con Lezama. Es formidable ese poema que le dedica donde dice: “lo mismo que en la vida, fue

tu suerte / llegar primero. Yo en segundo lugar.” Creo que Virgilio se equivoca. Él estaba en primer plano, en primer lugar como Lezama. Lo que no tuvieron conciencia ninguno de los dos de la simultaneidad de esa llegada. Lo que estaba detrás de Virgilio, en contra de Virgilio, por así decir, era el estado origenista, que se opuso siempre a Virgilio. Cintio nunca quiso saber nada de Virgilio. Creo que aún hoy está en contra de Virgilio. Eliseo decía que era una especie de reencarnación del demonio. Ahora, Virgilio como persona era difícil, problemático; tenía su visión del homosexualismo en una forma muy cruda y elemental. Lo que le gustaban eran los guagüeros, su sexualidad no tenía nada que ver con la literatura. Era un crítico muy agudo, tenía una composición mental, un olfato para ver dónde estaba lo nuevo (lo nuevo que podía saltar a la vista y provocar reacción) que era tremendo. Virgilio tenía esa mirada y no dejaba que se adormeciese en interpretaciones interiores como hacía Lezama. Virgilio ayudaba a desmitificar a toda esa gente. Su poesía va directo al grano de lo cubano. Dijo una serie de cosas en *La isla en peso* que estaban claramente dichas y que los origenistas no se hubieran atrevido a decir nunca en esa forma. Cintio Vitier en *Lo cubano en la poesía* mete a Virgilio como un sandwich entre Gastón y el cura Gaztelu. Imagínate tú, hay que tener realmente poca visión para hacer eso. Por otra parte, la obra y la mirada de Virgilio, se van muy por encima de todo lo que se ha escrito sobre él.

Una de las constantes de la literatura de Lezama y según parece de su vida es la relación Edipo/Familia castradora que se puede constatar en Paradiso y en

algunos de los ensayos que se han escrito sobre su novela. ¿Tienes alguna opinión sobre esto?

El edipo en Lezama era enfermizo. Yo creo que toda la escuela de Viena junta no hubiera podido desentrañar aquello. En primer lugar por la madre, que era un personaje tremendo. Con Rosita, la otra hermana, no había problemas. Pero con Eloísa existía todo un mundo, un enamoramiento que aunque no creo que llegase al incesto, hacía las relaciones muy complejas, muy complicadas. Claro, Lezama no era Lord Byron. Si hubiera sido Lord Byron se hubiera acostado con la hermana y se acababa el problema. Pero eso no fue lo que sucedió. El día que nosotros lo llamamos por teléfono por la muerte de Doña Rosa, Lezama salió al teléfono diciendo: “Se me murió mi mamá (así, como si fuera un niño de teta), se me murió mi mamá”. Y lloraba como si hubiera regresado otra vez al mundo de la infancia. Según dicen, la noche del velorio, cuando la gente lo iba a saludar lo que Lezama decía era; “Me he quedado huérfano, me he quedado huérfano”. Es algo increíble, era como un niño.

Casi siempre se habla del Lezama escritor o del Lezama personaje literario de la mayoría de las personas que lo conocieron. ¿Podríamos hablar ahora del Lezama persona?

Hay complejidad en esa persona. Hay elementos que no se pueden separar. En una ocasión estábamos varias gentes burlándonos de Espronceda y Lezama interrumpió, de lo más serio, y dijo que a Espronceda había también que tomarlo en cuenta por esto y por

esto y por esto. O sea, había una cosa de Lezama que uno no sabía por dónde iba a entrar. Se puede decir de Lezama lo mismo que se puede decir de muchas personas: me contradigo, luego existo. En realidad hay una contradicción en su vida impuesta por una serie de circunstancias y después por él mismo, que le sirvieron como excusa para no acabarse de definir. Todo eso creaba una complejidad y creaba una serie de dificultades al tratar a este mismo hombre. Porque tú no sabías bien por dónde venía la cosa. Era un hombre con una voluptuosidad que no tenía a veces salida. La salida que él escoge es a través de la ingestión de alimentos y de una inercia voluptuosa frente a la vida: ese no moverse que lo llevó a un estado total de gordura. Creo que Lezama era un hombre desgraciado, muchas veces le oí decir que se sentía acorralado. En él, ahora que lo pienso, había algo trágico. Por otra parte, necesitaba comunicarse, no le gustaba la soledad. Una de las cosas más interesantes de Lezama es que parte de ese lenguaje que crea es una red de protección para taparse, para defenderse, porque ese lenguaje no se le ocurre a nadie, salvo a este individuo que vive ya en un estado perpetuo de alucinaciones, casi inmóvil.

Para terminar, una pregunta sencilla e irónica, ¿Lezama te enseñó algo?

Sobre todo sentido de dignidad. Me transmitió sentido de dignidad hacia las cosas. Cuando sabía que yo y Martha (mi esposa) nos habíamos puestos bravos le regalaba a Martha un abanico chino y me decía: “No se preocupe, amigo. Todo marcha hacia el camino de su salvación.” Y nos invitaba a almorzar. Se dan cuenta,

tenía esa pequeña cosa que es muy difícil compartir así conversando. Eso que escribe Lorenzo en el final de su libro: “Nunca lo olvidaremos.” Es cierto. Puedo cumplir veinte años más y estaremos veinte años después aquí hablando de la misma cosa. Lezama lo que si no soportaba era la vulgaridad y la falta de respeto a lo que él entendía era la poesía. Fíjense que en una ocasión —según me contó Julián Orbón— yendo en máquina por la zona del antiguo Sans Souci: Lorenzo García Vega, Mario Parajón, una muchacha, el propio Julián y Lezama, se habló de Debussy, y esta mujer al hacer una mueca (algo típico del cubano), Lezama mandó a parar el auto y bajarla, y no entendió que fuera una mujer. Decía: “Paren la máquina y que se baje”, hasta que lo convencieron... Pero era esto, la vulgaridad no la soportaba. Lo molestaba. Y en esto el trato directamente con Lezama me sirvió de guía. Además, uno se divertía mucho con él porque tenía su sentido del humor. Cuando iba los domingos a casa de Eliseo con Cintio y Fina me decía: ¿Usted que hace un domingo, en vez de estar con su señora en su casa, en casa de Eliseo Diego?”. Claro, si hubiera ido a su casa no hubiera habido problemas. Pero él era así. Para él era objeto de orgullo que un preso de la cárcel donde trabajaba lo saludara. Él quería ser querido. Y eso, creo, le daba fuerzas.

ÍNDICE

- Antes de empezar... / 7
- La plaga rusa / 9
- Lamborghini y el cadáver de Perón / 21
- Rabo de anti-nube: Diarios 2002-2009 / 29
- Jorge Luis Arcos: Lorenzo sentía que era ... / 57
- Carlos M. Luis: El estado origenista / 75
- Servando Rocha: El verdadero terror es ... / 93
- Herta Müller: El faisán rumano ha estado ... / 103
- Nacionalismo y literatura: cómo se construye ... / 123
- Idalia Morejón Arnaiz: El estremecimiento... / 131
- Pedro Marqués de Armas: Psiquiatría para ... / 144
- El gran mentiroso vs. el gran paranoico / 152
- Umberto Peña: Bocas, dientes, cepillos, resto... / 167
- Coco Fusco: Performance y política en Cuba / 211
- Santiago Sierra: Teoría del Antipatriotismo / 222
- Historia Natural de la Reconstrucción / 230
- Heiner Müller: Autorretrato a las dos de ... / 243
- Utopía y sacrificio: Apuntes para la gran estafa / 258
- Miñuca Villaverde: *Tent city* / 274
- Rosa Ileana Boudet: Todo está en el archivo / 293